

# EL METODO Y EL IDEARIO CONSERVADORES

## El conservantismo como método

por GONZALO FERNANDEZ DE LA MORA\*

En la edad contemporánea, el conservantismo se manifiesta ocasionalmente como un ideario que evoluciona para adaptarse a la realidad; pero, sobre todo, es un método de gobierno que permanece siempre idéntico a sí mismo. Ese método, de remotos antecedentes, responde al Principio Político de Conservación que se enuncia así: “Las reformas sociales han de hacerse aprovechando todo lo valioso preexistente”.

Desde este principio se deducen los corolarios siguientes: a) No destruir nada positivo. b) Antes de remover algo hay que tener dispuesta su sustitución perfecta. c) Innovar integrando y superando lo anterior. d) Reformar por etapas, sobre terreno firme, y al ritmo que permita la realidad. e) Actuar en función de pragmáticos proyectos a corto, medio y largo plazo. f) Contar con la inercia social y la consiguiente resistencia al cambio. g) En la historia hay avances y retrocesos y límites. h) Descartar lo utópico en la planificación.

El método conservador es opuesto al revolucionario que consiste en realizar brusca e inmediatamente el ideal. De este principio se derivan las consecuencias siguientes: a) Destruir lo imperfecto, que suele ser casi todo lo recibido. b) Confiar absolutamente en la teoría pura como la solución eficaz. c) Construir de nueva planta y desde los cimientos. d) Someter la historia a la idea. e) Actuar con impetuosa audacia. f) Despreciar la naturaleza. g) Crecer en el progreso infinito, y h) Identificar el programa con el ideal.

El político que aplica el método conservador adquiere unos hábitos que determinan un talante o actitud ante la cosa pública

\*GONZALO FERNANDEZ DE LA MORA; Pensador, Filósofo y Político español; Escritor y Ex-Embajador.

y que caracterizan una personalidad. El estadista conservador es respetuoso con lo heredado, es prudente, más que rehacer acumula, prefiere el tanteo experimental a los imperativos abstractos, calcula las consecuencias de sus actos lo más lejos posible, cuenta con los acondicionamientos y limitaciones circunstanciales, y somete los ideales últimos a la duda sistemática. En las antípodas se encuentra el revolucionario que es inicialmente demoledor, impulsivo, busca el borrón y cuenta nueva, es apriorista hasta el fanatismo, temerario en la acción, radical en los objetivos y en las técnicas, y cree absolutamente en la utopía.

## **Pesimismo y optimismo**

El común denominador de la mentalidad revolucionaria es el optimismo porque confía en que el pensamiento y la acción pueden transformar "ipso facto" el mundo, y que la naturaleza es pura pasividad, dócilmente ofrecida al todopoderoso ímpetu del hombre. En cambio en el talante conservador hay un fondo de pesimismo porque duda de la capacidad humana para determinar la verdad y el bien, y porque siente un gran respeto ante la fuerte resistencia que la sociedad y la naturaleza ofrecen a las intenciones innovadoras del gobernante. El optimismo revolucionario nace de una antropología ingenua y de una inmensa fe en la bondad y la potencialidad innatas del hombre. El pesimismo conservador brota de una interpretación de la persona como sujeto imperfecto y falible, y de la desconfianza en los gestos primarios y espontáneos.

En tono acusatorio se dice, a veces, que el ánimo pesimista lleva al conservador a contemplar las cosas en sus aspectos desfavorables y que eso le anula para la acción creadora. La verdad es que el pesimismo conservador consiste esencialmente en no cerrar los ojos ante lo ingrato y en proyectar teniendo en cuenta lo adverso. Tal actitud ¿es reflejo del miedo o de otro sentimiento predominantemente irracional? Lo cierto es lo contrario.

Si se naciera optimista o pesimista como se nace rubio o moreno, la cuestión tendría poca relación con el grado de racionalidad. Pero la verdad es que se nace optimista y que, a medida que

se aleja la adolescencia, crece el pesimismo; y viceversa, hay más optimismo cuando menos uso de razón. El pesimismo no es, pues, una condición genética, sino un hábito adquirido mediante la experiencia y el discurso. Por eso se ha escrito que es un carácter de madurez.

No hace falta recurrir a los grandes pesimistas metafísicos como Arturo Schopenhauer, Eduardo Hartmann o Martin Heidegger para llegar a la conclusión de que la antropología y la moral filosófica son pesimistas: el hombre tentado por el mal, asediado por la infelicidad y condenado a morir. Todas las grandes religiones presentan una concepción pesimista del hombre, como naturaleza caída, y del mundo, como *“lacrimarum vallis”*. Es incontestable que el pesimismo no es una flaqueza ocasional, sino una conquista de la razón.

El pesimismo racional se funda en el hecho de que los valores absolutos y los ideales últimos son inalcanzables, mientras que todo lo real, como denunció Platón, es pobre sombra de los arquetipos uránicos. No existen paraísos terrestres. El optimismo es irreflexión y alienación; el pesimismo es razonamiento y autenticidad. Otra cosa es que los mediocres pueden ser subjetivamente más felices en el ingenuo autoengaño o en la alucinante evasión. Pero esas tretas íntimas son objetivamente inutilizables: cuando se elabora un proyecto de ingeniería se imponen los cálculos conservadores, es decir, es necesario manejar coeficientes de seguridad que prevean las incidencias adversas aunque sean poco probables. ¡Ay de la gran fábrica construida con optimismo respecto a los cimientos, los materiales, las tensiones y la climatología!

El pesimismo conservador no es una tara sentimental que inhibe, sino un hábito de racional madurez que predispone óptimamente para enfrentarse con la realidad.

## **Racionalismo y conservantismo**

Desde finales del siglo XVIII, se repite que el revolucionario es racionalista porque opera al servicio de un concepto puro y aspira a su repentina instauración plenaria. Gramsci lo formuló

en otros términos: “la razón es siempre revolucionaria” porque es crítica e innovadora. De ahí se desprendería, “*sensu contrario*”, que el conservador es un irracionalista porque depende no tanto de lo pensado cuanto de lo recibido, que es la tradición, y desconfía de su propia inteligencia para transformar el mundo.

Efectivamente, el revolucionario actúa movido por una construcción intelectual, por ejemplo, una sociedad igualitaria, o sin coacción, o filantrópica. Y también es cierto que aspira a realizar ese ideal plena e inmediatamente. Pero ¿es esa una actitud razonable? Un modelo de sociedad supuestamente perfecta suele ser un producto de la razón pura, como la Ciudad del Sol de Campanella. Pero cuando se trata de llevarla a la realidad entra en funciones la razón práctica, y lo primero que ha de averiguar es la viabilidad del proyecto. Derribar lo existente, defectuoso pero real, para sustituirlo por lo perfecto imposible es el colmo de la irracionalidad política. Todas las revoluciones fracasan, entre otros motivos, porque a su racionalidad sustantiva o teórica no le acompaña la racionalidad procesal o técnica. Y por eso los ideales revolucionarios o no se realizan nunca o los llevan a cabo, luego y mesuradamente, los conservadores. Es lo que aconteció en Francia a lo largo del siglo XIX. Y del mismo modo se hizo la revolución industrial y la social —convertir al proletariado en clase media— en España durante la era de Franco. La dialéctica racional es intrínsecamente conservadora.

Por otro lado, ¿qué es básicamente la tradición sino el saldo de los raciocinios pasados, abierto a su continuación y superación? La cultura que recibe cada generación y que la eleva sobre las anteriores es pura tradición. Cualquier ciencia ya del espíritu, ya de la naturaleza es tradición acumulada y perfectible y, para hacerla avanzar, hay que asimilarla previamente. Al aprender los saberes recibidos, la persona se hace aceleradamente con cantidades ingentes de racionalidad objetiva. Un individuo que madurase de espaldas a la tradición, como Tarzán, representaría el mínimo de racionalidad humana imaginable. Lo que rebaja los niveles de racionalización en cada etapa histórica no es la tradición, sino la ausencia de tradición. El tradicionalismo es el culto a la razón de los antepasados como rampa para los razonamientos propios.

## Reaccionarismo y progresismo

Los revolucionarios tienden a identificar el conservantismo con la llamada derecha política y a ésta con el reaccionarismo. Los términos derecha e izquierda, como todos los espaciales, son relativos y dependen del punto de referencia. Por ejemplo, los partidos liberales se situaron a la izquierda en la Europa decimonónica mientras que ahora se colocan a la derecha o en el centro. Los socialdemócratas están a la izquierda en Alemania y a la derecha en Nicaragua. Los democristianos están a la derecha en Italia y a la izquierda en Chile. Y así sucesivamente según los lugares y los tiempos. La relatividad de la dicotomía derecha-izquierda la torna anfibológica, ambigua y situacional, y por ello puede ser útil en una determinada coyuntura histórica y local; pero es de escasísima validez científica.

Más significativa es la distinción entre reaccionarismo y progresismo. Reacción es una acción que se opone a otra. La desaparición de toda reacción lógica sería el fin de la dialéctica y del progreso mental; la suspensión de toda reacción celular sería el acabamiento de la vida; y la desaparición de toda reacción física sería la entropía máxima o muerte del universo. Reaccionar no es, pues, una función negativa, sino una manifestación del dinamismo cósmico. Pero la política, mediante una de sus habituales tergiversaciones verbales, dio a la reacción un significado negativo. Al movimiento doctrinal y social que “reaccionó” ante la Revolución Francesa se le llamó la Reacción; y la propaganda revolucionaria, con absoluta arbitrariedad lingüística, trató de equiparar reacción con retroceso. Así se forjó la significación peyorativa de “reaccionario” como idéntico a “retrógrado”. Aunque sea un absurdo semántico, demos por ya impuesta y, en definitiva, por operativa esa vieja manipulación terminológica.

¿Qué es ser reaccionario en el sentido de retrógrado? Retroceder es ir hacia atrás, hacia el punto de donde se viene, hacia el término “a quo”. Esta contramarcha puede situarse sobre el mapa o sobre el reloj, es decir, sobre el espacio o sobre el tiempo. ¿Es retrógrado el caminante que regresa a su lugar de

partida? Evidentemente, no. El problema hay que situarlo en las coordenadas temporales: es retrógrado quien, de algún modo, retorna al pasado.

Al pasado, en sentido estricto, nadie vuelve. Lo único posible es reinstaurar lo pasado. ¿Es retrógrado cualquier acto de reconstruir efectivamente algo desaparecido? No, puesto que se restauran cosas —el Partenón— o instituciones —el sufragio universal— o situaciones —la paz— sin que tales actuaciones suelen considerarse como retrógradas. Hay artes como las interpretativas y disciplinas, como la Historia, que son reactualizaciones de lo pretérito y, sin embargo, no pueden ser calificadas de retrógradas. Luego no es retrógrada la reinstauración de cualquier realidad pasada, sino sólo de algunas.

Ha quedado claro que sólo restaurar ciertas cosas es retrógrado. ¿Cuáles? Las más valiosas por las menos valiosas: el arado de hierro por el de madera.

Es totalmente incierto que el método conservador induzca a reemplazar lo que vale más por lo que vale menos. Al contrario, su perfeccionismo realista le lleva a superar lo existente sin demoler nada válido. Y es falso que el revolucionario sea siempre progresista. Citaré sólo ejemplos españoles. El alzamiento de las Comunidades de Castilla fue un intento de involución hacia la sociedad feudal contra el Estado moderno que encarnaba el emperador Carlos. El alzamiento nacional a favor de Fernando VII fue otro movimiento involutivo contra la mentalidad ilustrada. La revolución política de la España posfranquista fue para restaurar las instituciones decimonónicas. La revolución que preconizan los terroristas vascos sería un retorno a la sociedad preindustrial.

Las revoluciones, incluso las progresistas, tienden a devorarse a sí mismas y a consumir sus mejores energías en las previas operaciones demolidoras, a causa de su método desmesurado y maximalista. El primer resultado de todas las revoluciones es un retroceso del orden, de la justicia y del desarrollo económico y social, y sólo emprenden el avance cuando se convierten en metódicamente conservadoras, como lo acreditan el clásico ejemplo de Napoleón y el más próximo de Stalin.

La Historia atestigua que los progresos, siempre difíciles y episódicos, tanto en las ciencias como en la vida, se han hecho con el método conservador, y la afirmación opuesta es una falsedad sectaria.

## El conservantismo como ideario

Puestos a prueba por la ideología de la gran revolución, la francesa de 1789, los defensores del método conservador tuvieron que elaborar un ideario. Esa fue la obra de Edmundo Burke, quien frente al libertinaje preconizó el orden, frente a la igualdad la jerarquía, y frente al voluntarismo el Derecho natural. El ideario conservador de la primera mitad del siglo XIX, respuesta a la utopía jacobina, postuló las instituciones tradicionales —monarquía hereditaria e Iglesia—, las élites naturales y la Constitución natural interna. El conservantismo de la segunda mitad de la pasada centuria, réplica de la utopía marxista, afirmó las libertades fundamentales, la propiedad privada, y el mercado. Hoy, el conservantismo occidental es la contrafigura de la utopía socialdemócrata, la del llamado Estado nodriza. Evoquemos sucintamente sus principales puntos programáticos.

a) *Derecho natural*. El hombre tiene unos derechos fundamentales que no puede negarle ningún poder político, ni siquiera el que se apoye no ya en las mayorías, sino incluso en la unanimidad de los votantes. Entre esos derechos está el de elegir creencia religiosa, concepción del mundo, escuela y profesión, el derecho al honor y a la propiedad, y la libertad de instalarse donde le pluguiere. Además de los derechos fundamentales del hombre, hay un Derecho que está más allá de las voluntades humanas y que viene impuesto por la naturaleza, y a él deben atenerse las normas jurídicas positivas. La Ley es una ordenación de la razón y no un simple cómputo aritmético. Por ejemplo, el concebido tiene un derecho natural a nacer que ha de ser jurídicamente protegido. El Derecho tradicional suele ser un trasunto del natural. Y a todo derecho corresponden deberes, igualmente exigibles.

b) *Subsidiariedad del Estado*. El Estado no debe hacer lo que puedan realizar los cuerpos sociales intermedios, y éstos deberán limitarse a cumplir lo que escape a la capacidad de los indi-

viduos. En el límite del proceso se configura un Estado mínimo que devuelve a la sociedad sus funciones y que se reduce a crear y sostener el orden y el marco jurídico que compatibilice los contrapuestos intereses individuales. Es el modelo antípoda del Estado nodriza o del bienestar, que asume la tutela de casi toda la actividad ciudadana. Corolarios: menos presión fiscal y menos gasto público.

c) *La jerarquía natural.* En todos los sectores de la actividad humana hay quienes desempeñan su función mejor que otros. Los más capaces constituyen las élites o aristocracias del mérito. Estas minorías se seleccionan a sí mismas por cooptación e imponiendo su autoridad en dura competencia. No es el sufragio universal el que determina quien es el mejor físico o el mejor neurólogo. Y algo análogo acontece en el ámbito de la gobernación; no se es estadista por elección, sino por vocación y formación. El problema político consiste en que la jerarquía administrativa u oficial coincida con la jerarquía natural o real. Las genuinas élites no son producto del nombramiento nominal, sino de la vida. A las minorías superiores no la designa ni el dedo de la mayoría, ni el dedo del autócrata, hay que ir a buscarla allí donde ellas han germinado y han madurado a través de un complejo y laborioso proceso de selección.

d) *Extensión del ámbito de autodeterminación individual.* Al ciudadano hay que suministrarle oportunidades iguales; pero también la máxima libertad y la máxima responsabilidad para construir su vida y prever su futuro. Cada cual asumirá las consecuencias de sus aciertos y de sus errores, y esa grave expectativa movilizará las mejores y más creadoras energías personales con el consiguiente beneficio, en último término, para la comunidad. La competitividad crea desigualdad y productividad; y eso es bueno. No hay razón alguna para que el Estado detraiga una parte de las rentas de los laboriosos para remunerar a los ociosos y maleantes, con lo que, en definitiva, les estimula a perpetuarse en actitudes antisociales. En suma, a cada cual, según sus méritos: meritocracia.

e) *El mercado como criterio para fijar precios y adscribir recursos.* Salvo en los casos en que excepcionalmente se imponga la acción subsidiaria del Estado, la oferta y la demanda determinarán

la evolución del ahorro, las inversiones, la producción, los salarios y las rentas. Las restricciones administrativas se reducirán a lo estrictamente indispensable. Se estimulará la libre iniciativa privada para la creación de empresas, y se flexibilizará la contratación laboral. Libre circulación internacional de mano de obra y de capitales. Levantamiento de barreras aduaneras. En una palabra, libertad económica e incitación a que todos se enriquezcan.

f) *No intervención en los asuntos internos.* Si el Estado nacional no debe hacer lo que realizan sus cuerpos sociales intermedios, con mayor razón no deberá inmiscuirse en los asuntos internos de otros Estados. Además, el conservantismo reconoce las peculiaridades de la Constitución natural de las diferentes sociedades y de sus respectivas tradiciones, y por eso no aspiran a extender las mismas instituciones políticas a todos los pueblos. Los conservadores, a diferencia de los revolucionarios ya sean jacobinos, ya marxistas, son relativistas en materia de formas de gobierno y no pretenden imponer a todo el mundo una supuesta Constitución ideal.

En suma, iusnaturalismo frente a voluntarismo jurídico, socialismo frente a estatismo, libertad frente a reglamentación, mercado frente a centralismo y empirismo constitucional frente a utopía. Esos son los cuatro puntos cardinales del ideario conservador actual frente a los idearios revolucionarios supervivientes.

## Conclusión

Si se analizan con algún detenimiento los programas concretos que en cada país y en cada momento histórico han ido adoptando los conservadores, pronto se llega a la inducción de que son aplicaciones de un mismo método a las circunstancias de tiempo y lugar. El conservantismo no es, como el comunismo, una ideología compuesta de dogmas inmutables con valor permanente y universal; es un método que, según la coyuntura social, permite formular unos criterios de acción concretos. Por eso el conservantismo registra características nacionales, y evoluciona sustantivamente a lo largo de las décadas. Lo que permanece invariable es el Principio Político de Conservación.